

1

HORAS DESDE LA DESAPARICIÓN DE SHARA WHEELER: 12
DÍAS HASTA LA GRADUACIÓN: 42

Chloe Green va a romper el cristal de la ventana de un puñetazo.

Por norma general, cuando se le pasa por la cabeza algo así significa que está al límite «mentalmente». Pero ahora mismo, apostada junto a la puerta trasera de la casa de los Wheeler, se siente físicamente preparada para hacerlo.

La hora destella en el celular: 11:27. Treinta y tres minutos hasta que termine la última celebración religiosa de la iglesia cristiana Willowgrove, donde los Wheeler pasan la mañana fingiendo ser una pareja normal y agradable, cuya hija normal y agradable no ha protagonizado un número de desaparición en la fiesta de fin de curso hace doce horas.

Tiene que ser un truco, seguro. Por supuesto, Shara Wheeler está bien. Shara Wheeler no se ha fugado de verdad. Shara Wheeler está haciendo lo mismo de siempre: representar el papel de chica inocente con ojos de cervatillo que hace que todo el mundo la considere profunda y encantadora, cuando en realidad es la más fastidiosa y aburrida en todo ese pueblo mortalmente aburrido.

Chloe va a demostrarlo. Porque es la única lo bastante lista para verlo.

Quería «disfrutar» del baile de fin de curso después de un año entero esforzándose por ser la primera en entregar todos los trabajos y consolidar su puesto como mejor estudiante de la generación 2022. Tardó semanas en encontrar el vestido perfecto en una tienda de segunda mano (de gasa negra y encaje, como una vampira asesina sexy), y se suponía que tenía que ser una fiesta de fin de curso ideal. No «la» fiesta de fin de curso perfecta (sin citas ni ramilletes), sino «su» fiesta ideal. Únicamente con sus amigos, vestidos elegantísimos y apretujados en el coche de Benjy, cantando a pleno pulmón las letras de Lil Yachty en una habitación con una lámpara de araña antes de desplomarse en un reservado de la Waffle House a la una de la madrugada.

Pero treinta minutos antes de que se anunciara quiénes formarían parte de la corte del baile, la vio: Shara, con los labios rosados y una cascada de tul rosa almendrado, pasó rozando la mesa de los refrescos mientras se dirigía a la puerta. Chloe llevaba toda la noche observándola, con la esperanza de tener la oportunidad de estar a solas con ella.

Sin embargo, cuando llegó a la puerta, Shara se había esfumado y cuando la presidenta del consejo de estudiantes, Brooklyn Bennett, subió a la tarima para coronar a Shara como reina de la graduación, seguía sin aparecer. Nadie la vio marcharse y nadie ha vuelto a verla desde entonces, pero su *jeep* blanco no está en la entrada de la casa de los Wheeler.

Así pues, aquí está Chloe, la mañana después, con el maquillaje corrido alrededor de los ojos y el pelo acartonado por el fijador, lista para entrar por la fuerza en casa de Shara.

Encuentra la llave de repuesto dentro de una piedra visiblemente lisa con el versículo de Josué 24:15 grabado encima. «Por mi parte, mi familia y yo serviremos al Señor».

Durante todo el trayecto en coche hasta el club de campo, Chloe se imaginaba la cara que pondría Shara cuando la viera en su puerta. Los ojos verdes agrandados por la sorpresa, el suspiro teatral, el reticente reconocimiento de que su pequeña farsa para llamar la atención no iba a salir como ella planeaba porque Chloe es un genio con mucho atractivo que no se deja engañar. Esa inmensa satisfacción iba a dar a Chloe energía durante los exámenes finales y, seguramente, también durante los dos primeros cursos de la carrera.

Sin embargo, cuando asoma la cabeza por la puerta abierta y escudriña la inmensa cocina de los Wheeler, no hay ni rastro de Shara.

Así pues, hace lo que haría cualquiera en su lugar. Cierra la puerta y va a echar un vistazo por todo el primer piso.

Shara no está.

De acuerdo. No pasa nada. Pero, a ver, tiene que estar en algún lado... Seguro que está en el piso de arriba, en su dormitorio.

En el rellano del piso superior, una puerta entreabierta revela un baño que debe de ser el de Shara. Tapizado en beige y rosado, encimera de porcelana en la que hay un sinfín de productos para el cuidado de la piel y un frasco de su esmalte de uñas preferido (Ballet Slippers, de la marca Essie). Chloe duda un momento en el umbral; su objetivo no es ese, pero junto al lavabo hay una cinta para el cabello de seda con estampado de flores que no había visto nunca, pese a todas las clases avanzadas que ha pasado mirándole la coronilla a Shara. Siempre lleva la reluciente melena rubia suelta y recién cepillada. Es su estilo. Seguro que se pone la cinta por la noche para lavarse la cara.

Irrelevante.

Chloe se detiene junto a la puerta siguiente. Está entornada y tiene una S de color rosa pintada a mano.

Sería mentira (una mentira del tamaño del presupuesto para el equipo de futbol de la Escuela Cristiana Willowgrove) decir que nunca ha imaginado en qué clase de incubadora de perfección se mete Shara Wheeler cuando vuelve a casa cada día. ¿Un depósito de sustancia viscosa para mantener el cutis hidratado? ¿Un estilista profesional a su servicio? ¿Adónde va Shara cuando no está en sus pintorescas citas en Starbucks con su novio *quarterback* ni posponiendo trabajos de literatura comparada sospechosamente buenos? ¿Quién es cuando, por una vez, nadie la mira?

Solo existe una forma de averiguarlo.

Abre la puerta con el pie y...

La habitación está vacía.

Como era de esperar, el cuarto de Shara no es más que una habitación normal y agradable. Sospechosamente aburrida, incluso. Cama, cómoda, mesita de noche, tocador, combinación de librero-escritorio, lámpara con pantalla redonda y una cadenita plateada. Hay un ramillete seco del baile de bienvenida en el alféizar de la ventana y una barra de cacao Burt's Bees en una bandeja de concha encima del tocador, junto a un frasco de desodorante con olor a lilas y una pila de libros de bolsillo con páginas marcadas para los trabajos de la escuela. Las paredes son de un sobrio azul celeste, con fotos enmarcadas de su familia, de su novio y de su grupo de amigas, todas con idénticas melenas al viento, codos puntiagudos y perfecto maquillaje Glossier.

¿Dónde está ahora el Grupo Glossier? Chloe supone que pasando la resaca como pueden. Está claro que ninguna se ha presentado allí para buscar pruebas. Eso es lo que pasa con las niñitas populares: no tienen la clase de vínculo forjado a fuego de ser rara y queer en una ciudad entre pequeña y mediana de

Alabama. Si Chloe intentara esfumarse de esa manera, habría toda una milicia de Shakespeare gays echando abajo todas las puertas de False Beach.

¿Por qué no está Shara?

Chloe aprieta los puños, entra y empieza por el escritorio.

Si no puede interrogar a Shara, tal vez su habitación pueda darle algunas respuestas. Fisgonea entre lo que hay en el escritorio y en las estanterías, en busca del calendario de *Perdida* de Shara Wheeler con días de la semana en los que indique «comprar provisiones» e «inculpar a Chloe de mi asesinato». Lo único que encuentra son trípticos de universidades y una caja de tarjetas y sobres con las iniciales de Shara impresas para escribir las notas de agradecimiento ante la inminente avalancha de cheques que recibirá de su familia rica por haberse graduado. Ninguna página de diario incriminatoria arrugada en el bote de basura, solo el cartón de la envoltura de un brillo de labios.

Joyero: nada importante. Armario: ropa, una repisa para los zapatos ordenados con mucho esmero, vestidos de fiesta para las aperturas y clausuras de curso, metidos en fundas para ropa con cremallera. (¿Quién usa esas fundas?). Cajón de la ropa interior: medio vacío, suficientes prendas discretas, aunque finas como un pétalo, para un par de semanas. Cama: sobre la colcha color marfil bien extendida, una camiseta de Harvard doblada con cuidado. Dios libre a quienes se olviden de que a Shara la han aceptado en su primera opción, tras tener ofertas de prácticamente cualquier otra universidad de la Ivy League del país.

Chloe ensaya un siseo entre dientes. No es más que un puñado de objetos perfectamente normales que reflejan la vida perfectamente normal de una chica perfectamente normal.

Retrocede para acercarse al tocador y abre el cajón. Una colección de brillos de labios en tonos rosa neutro, la mayoría a

medio usar, con las etiquetas algo borradas. Al final de la hilera hay uno recién estrenado, tan lleno y reluciente que solo puede habérselo puesto una vez, como mucho. Se fija en que coincide con la envoltura que está en el bote de basura.

Cuando desenrosca la tapa, el aroma le impacta con la misma fuerza que la primera vez que lo olió: a vainilla y menta.

Se abre la ventana.

Chloe suelta una grosería, se arroja sobre la alfombra y gatea hasta meterse debajo del escritorio.

Un par de Vans negros aparecen en la repisa de la ventana y con ellos llega la flaca silueta de un chico con jeans desgastados y una camisa de franela. Se detiene (Chloe no le ve la cara, pero el chico retuerce el cuerpo como si estuviera comprobando que el camino está despejado), y entonces entra de un salto en la habitación.

Pelo oscuro y rizado con mechas color caramelo, piel morena clara, nariz larga y recta, una mandíbula cuadrada y a la vez delicada como una espina de pescado.

Rory Heron, la respuesta de Willowgrove a cualquier chico malo y taciturno salido de las películas de adolescentes de finales de los noventa. El soltero más cotizado entre el peldaño de yonkis, *skaters* y vagos de la escala social. Nunca ha compartido ninguna asignatura con él, aunque, por lo que tiene entendido, tampoco es que se aparezca mucho por las clases.

Chloe ve a Rory trazar con la mirada el mismo camino que ella hace un momento: la cómoda, la cama, las fotos de la pared. Al darse cuenta de que sin querer ha tirado con el pie el ramillete del alféizar, que ha caído al suelo, lo recoge con delicadeza y examina los capullos secos antes de devolverlo a su lugar. Chloe entrecierra los ojos. ¿Qué hace Rory Heron aquí, en la habitación de Shara, mimando sus ramilletes?

Entonces el chico se vuelve hacia el escritorio, la ve y grita. Chloe se pone de pie a toda prisa y le tapa la boca con la mano.

—Calla —sisea Chloe. De cerca, Rory tiene los ojos de color avellana y los ha abierto muy alarmado—. Te van a oír los vecinos.

—El vecino soy yo —dice cuando Chloe lo suelta.

Se queda mirándolo e intenta encajar el personaje que representa Rory con los fanfarrones del Club de Campo de False Beach.

—¿Vives aquí?

Rory la fulmina con la mirada.

—¿Por qué lo preguntas? ¿No tengo pinta de poder permitirte vivir aquí?

—Yo más bien diría que eres de los que prefieren morir antes que vivir aquí —responde Chloe.

—Créeme, no estoy aquí por gusto —contesta Rory, todavía con el ceño fruncido, pero ahora de otra manera—. Eres... Chloe, ¿verdad? ¿Chloe Green? ¿Qué hacías debajo del escritorio de Shara?

—Y tú, ¿qué hacías entrando por la ventana de Shara?

—Tú primero.

—Yo-yo..., eh... —tartamudea Chloe. La entrada de Rory ha apagado parte del fuego que sentía dentro, y ahora ya no está segura de cómo justificar su presencia. Se le empieza a calentar la cara; ojalá se acabase pronto el tormento—. Me dijeron que se escapó anoche.

—Yo oí lo mismo —dice Rory. Habla con la misma clase de estudiada apatía con la que se desplaza, con los hombros caídos y sin mostrar sus emociones—. ¿Sabías..., sabes dónde está?

—No, solo... quería ver si de verdad se había largado.

—Y por eso te colaste en su casa —dice Rory como si tal cosa.

—¡Tenía llave!

—Ya, claro. Pero sigue siendo allanamiento de morada.

—Solo si cometo un delito.

—Bueno, pues llámalo invasión de la propiedad privada.

—Y cómo le llamarías a lo de entrar por la ventana, ¿eh?

Rory hace una pausa y baja la mirada hacia las puntas de los Vans.

—Es distinto. Shara me dijo que dejaba la ventana abierta.

—Eso no es una invitación a entrar, colega.

—Por favor, ya te dije que soy su vecino. La gente, ya sabes, siempre le pide a sus vecinos que echen un vistazo a sus cosas cuando no está. Es costumbre.

—¿Y eso es lo que estás haciendo?

—Quería asegurarme de que se encontraba bien.

Chloe pone cara de escéptica.

—No te he visto hablar con ella ni una sola vez en mi vida.

—Ni siquiera la conoces, ¿verdad? —contrataca Rory—. ¿Y tú qué haces aquí? ¿Por qué te importa si se ha marchado o no?

¿Por qué le importa? Porque tanto Shara como ella han dedicado todos los días de sus años de escuela al singular objetivo de ser la primera de la clase y pronunciar el discurso de clausura; lo único que ha motivado a Chloe tanto como ese honor es saber que Shara Wheeler no podrá conseguirlo. Porque Shara Wheeler tiene todo lo demás.

Porque si Shara se ha fugado de verdad, equivale a una renuncia, y Chloe Green no quiere ganar por defecto.

Porque, hace dos días, Shara vio que Chloe estaba sola en el ascensor del Edificio B antes de la quinta hora, la jaló del codo

y la besó hasta que se le olvidó un semestre entero de francés. Y Chloe sigue sin saber por qué.

—¿Y tú por qué estás aquí? —le devuelve la pregunta a Rory.

—Porque yo... me preocupo por ella, ¿okey? Los imbéciles de sus amigos no, pero yo sí.

—Ya, te preocupas —Chloe pone los ojos en blanco—. Y eso te da derecho a liderar la partida de búsqueda.

—No...

—Entonces, ¿qué te da derecho?

Se produce otra pausa. Rory cambia el peso de un pie a otro. Y entonces baja la mirada, levanta las oscuras cejas y dice:

—Eso.

Cuando Chloe sigue su mirada, encuentra un sobre apoyado con aire inofensivo en un organizador de cartas de color rosa. En la parte de adelante, Shara escribió con su típica letra cursiva el nombre de Rory.

¿Qué? ¿El nombre de Rory?

Rory tiene los brazos más largos, pero Chloe reacciona más rápido. Toma el sobre y lo abre con un dedo. Saca una tarjeta de ese papel rosa con el monograma de Shara y lee su impecable letra en voz alta.

Rory:

Gracias por el beso. Si pensabas que nunca me había fijado en ti, te equivocabas.

XOXO

Shara

P.D.: durazno100304

P.P.D.: Dile a Smith que revise los borradores. Chloe debería captar el resto.

—¿La besaste? —exige saber Chloe.

Rory parece preparado para encajar un puñetazo, actitud que debería reservar para cuando el auténtico novio de Shara se entere.

—¡Me besó ella!

Chloe vuelve a notar la rabia que le entra en el cuerpo, pero la controla.

—¿Cuándo?

—Anoche. Antes de la fiesta.

—¿Dónde?

—En... la boca.

—¡El punto geográfico, Heron!

—Ah, en la azotea de mi casa.

Shara besó a Rory. Y ahora Rory está ahí plantado, en su habitación, defendiéndola delante de Chloe porque él... Ay, Dios.

Es la chica de la casa de al lado y está enamorado de ella. De eso se trata. Es tan predecible que resulta irritante.

—Bueno, pues no te emociones mucho —dice Chloe—. A mí también me besó.

Rory la mira a la cara.

—No te rías de mí.

—De verdad que no —insiste Chloe—. En la escuela, el viernes.

Él cierra con fuerza los ojos, empieza a pasarse la mano por los rizos y luego se detiene antes de estropear su peinado.

—De acuerdo, entonces, esto —dice, al tiempo que hace un gesto entre los dos y abarca la habitación en conjunto— ya tiene más sentido.

Un silencio incómodo y torpe se apodera de la habitación como el olor corporal de los deportistas en el gimnasio del

colegio el viernes que toca espectáculo de porristas. Chloe aprieta la mandíbula antes de hablar...

Se abre la puerta principal en el piso de abajo.

—Mierda —dice Chloe.

Comprueba la hora en el reloj de la mesita: 12:13 Rory le ha hecho perder la noción del tiempo.

—Tendrás que usar la escalera —le indica Rory, que ya se ha puesto en marcha.

—Maldita Shara Wheeler —murmura Chloe, y se abalanza con tanto ímpetu por la ventana que casi se salta el primer peldaño.

Ya en el suelo, Rory se apoya la escalera en un enclenque hombro y, con torpeza, intenta volver a colocarla junto a la reja. Desde luego, físicamente es una cara bonita sobre un palo de escoba. Entiende por qué hay tantas chicas de tercero y de segundo obsesionadas con su onda de chico rudo y sexy que toca la guitarra en el estacionamiento, pero da pena verlo levantar algo.

—Te ayudo —dice Chloe mientras sujeta el otro extremo.

Rory gruñe molesto, pero no se queja.

Trepan hasta entrar en el jardín trasero de la casa de él, tan frondoso y bien cuidado como el resto del club de campo. Mientras vivió en California, Chloe nunca entró en un club de campo que estuviera cercado, hectáreas y hectáreas cercadas con un control de acceso con vigilante, como el portero de un campo de golf. Había tenido que hacerse pasar por la niñera de alguien para poder entrar.

—Vamos, suéltalo —dice Chloe, y se limpia lo que le queda de delineador de ojos. La mano se le tiñe de negro—. ¿Qué significa eso del durazno? Me refiero a la nota.

—No tengo ni idea —dice Rory.

—Entonces, mañana en la escuela se lo contaremos todo a Smith, a ver si él lo sabe.

Rory hace una mueca. Tiene un aspecto ridículo, ahí plantado dentro de una comunidad vallada fingiendo ser una especie de *softboy indie* chafo.

—¿Quiénes? ¿Nosotros? —pregunta—. ¿Quieres contarle a Smith que besaste a su novia?

—¿No quieres saber qué hace Shara ni dónde está?

—¿Por qué no esperamos que vuelva y se lo preguntamos?

—¿Qué te hace pensar que va a volver dentro de poco? —insiste Chloe—. ¿Y si tiene una especie... una especie de segunda vida secreta en otra ciudad o tiene un romance con un viejo rico o algo por el estilo? ¿Qué pasa si no aparece antes de que vayamos a la uni? ¿Qué pasa si la perdemos de vista para siempre? ¿Y si te pasas el resto de la vida preguntándote por qué demonios te besó Shara Wheeler?

Rory, que ha ido entrecerrando los ojos cada vez más conforme Chloe hablaba, esboza una media sonrisa irónica y dice:

—Te tiene enganchada, ¿eh?

—Adiós —dice Chloe, y gira sobre sus talones—. Ya lo haré yo sola.

—Espera —la llama Rory.

Chloe se detiene.

—¿Mañana a qué hora?

—Temprano —dice Chloe—. A primera hora toca Física para Futbolistas.

—Genial —le abre la puerta del jardín—. Pondré en orden mis asuntos.

—¿Por qué no te presentaste a la audición para el musical de primavera? Eres tan dramático...

—No es mi rollo.

Se quedan ahí plantados, con las llaves de Chloe tintineando en la mano y Rory con cara de estar a punto de ponerse a escribir poemas deprimentes sobre Shara. O lo que sea que le guste. De repente se alarma, con la sensación de que le han adjudicado el peor trabajo en grupo del mundo y no logra imaginar en qué van a mejorar las cosas cuando se les una Smith Parker.

—Eh —Chloe carraspea—. Esto, quizá..., no se lo digas a nadie más, ¿okey? Que Shara me besó... No sé si debería haberte... Bueno, es igual, creo que no debería enterarse toda la escuela salvo que ella misma lo cuente.

Rory niega con la cabeza.

—No pensaba contárselo a nadie.

Satisfecha, Chloe levanta la barbilla, se da la vuelta y abre la puerta haciendo fuerza.

—Nos vemos mañana en clase. Más vale que te presentes. Ahora sé dónde vives.

—Capto la amenaza —dice Rory con un saludo taciturno. Se queda al otro lado de la reja cuando Chloe cierra el cancel.

Tras cruzar el jardín delantero de la casa de los Heron, Chloe dobla en la esquina y aparece en una arboleda con una fuente muy ornamentada en forma de horrendo delfín, donde había estacionado el coche.

En el asiento del conductor, por fin relaja el cuerpo de un modo que solo se permite cuando está absolutamente sola. Deja caer los hombros. Las llaves se le resbalan de la mano y caen a la alfombrilla del coche. Inclina la cabeza sobre el



volante. Desde el tablero, el gato de la suerte en miniatura la saluda perplejo.

Shara Wheeler la besó y la dejó plantada. Y ni siquiera es a la única a quien se lo hizo.

Pero... aquel brillo de labios. Vainilla y menta. No cabe duda, es cien por ciento el brillo que llevaba cuando se besaron. Chloe no olvidaría aquel aroma jamás de los jamases.

Eso significa que Shara lo compró específicamente para besarla con él.

Prueba de que, cuando está en casa por la noche en su cuarto de color azul celeste, cepillándose el pelo, pintándose las uñas y dando tres vueltas con una liga al bloque de tarjetas de repaso, Shara piensa en Chloe.

Y eso le sabe un poco a victoria.

